

SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA, CONFESOR.

San Teodosio, llamado el Cenobiarca, es decir cabeza del estado cenobítico, porque juntó un gran número de religiosos que viviesen en comunidad dentro de un mismo monasterio, nació en una aldea de Capadocia hácia el año de Jesucristo de 423. Fueron sus padres los mas ricos y mas distinguidos del lugar; pero se hacian respetar mas por su virtud que por los bienes de fortuna. Tuvieron gran cuidado de la educacion de su hijo, criándole en el temor santo de Dios, y procurando sobre todo que las instrucciones fuesen acompañadas de los ejemplos. De esta manera lograron el consuelo de ver los progresos que hacia el niño Teodosio en la ciencia de los santos, antes de tener edad para instruirse en las ciencias humanas. No manejaba mas libros que los de devocion, ni tomaba gusto en otro género de lectura. Su aplicacion al estudio de las sagradas letras le habilitó en la ciencia de la Religion, y su piedad le disgustó tanto del mundo, que le dejó luego que llegó á conocerle. Abrazó el estado eclesiástico, y en poco tiempo fué director y padre espiritual de los mismos que le habian dado el ser y la educacion.

Después de haber ejercitado el oficio de lector en la iglesia por algun tiempo, se encendió en tan vivos deseos de la perfeccion, que resolvió dejarlo todo por Jesucristo, y retirarse á un desierto á pasar en él los dias de su vida. Pero antes quiso instruirse mejor de la voluntad del Señor; y para descubrirla, tomó el partido de ir á visitar los santos lugares, y consultar de camino á aquellos santos varones que mas se distinguian en los desiertos por la santidad de su vida.

T. 1.

P. 172.



S. THEODOSIO CENOBIARCA, C.

Habiendo , pues , dejado como otro Abraham su casa , su patria y sus parientes , tomó el camino de Jerusalem , y al pasar por las cercanías de Antioquía en Siria , se le excitó un vivo deseo de ir á ver á san Simeon Estilita , que á la sazón vivia sobre una columna ; y dejándose llevar de él , dobló el camino , y fué á pedirle su bendicion , su consejo y sus oraciones . Apenas le descubrió Simeon desde muy lejos , cuando , ilustrado con superior luz , le comenzó á gritar : *Seas bien venido , Teodosio , siervo de Dios.* De que atónito y confuso nuestro santo , solo correspondió con una profunda humillacion , postrándose hasta el suelo . Mandóle el santo solitario que se levantase , y le alentó á que subiese á la columna . Allí le abrazó tiernamente , descubrióle los designios que Dios tenia de él , exhortóle á corresponder con fidelidad , y le aconsejó que continuase su viaje .

Despues que Teodosio desahogó en parte su devocion , y visitó los santos lugares , estuvo dudoso por algun tiempo si abrazaria el instituto de los solitarios , que viven solos y separados unos de otros , ó el de los cenobitas , que viven muchos juntos en comunidad . Al fin prefirió este segundo , pareciéndole mas seguro , y en cierta manera mas perfecto , por las continuas ocasiones que se ofrecen en la vida comun de quebrantar la propia voluntad y de sufrirse con caridad los unos á los otros . Púsose luego bajo la disciplina de un santo anciano , llamado Longino , hombre de gran magisterio de espíritu , que vivía en la Torre de David entregado á ejercicios de penitencia . Admirado el maestro de la virtud del discipulo , y sumamente prendado de ella , se consolaba con la esperanza de tenerle en su compañía hasta la muerte , cuando una virtuosa señora , llamada Icela , se le vino á pedir para encargarle el cuidado de una iglesia que acababa de edificar en honor de la santísima Virgen . El sacri-

ficio fué recíproco, no costando menos al santo anciano separarse de su querido compañero, que á nuestro santo desviarse de su dulce compañía; pero hubo de rendirse en virtud de la ley que se habia impuesto de obedecer. No estuvo mucho tiempo en esta ocupacion; porque á la fama de su santidad concurrió tanta gente por verle y por consultarle, que dejó el empleo, y retirándose á un desierto vecino, se escondió en una gruta, donde era tradicion que los reyes Magos habian dormido cuando volvian de Belén de adorar al Salvador. Aquí soltó las riendas á su fervor, entregándose á la contemplacion y á todos los rigores de la penitencia. Gastaba en oracion los dias y las noches, gustando en la íntima comunicacion con su Dios la dulzura y suavidad de los consuelos celestiales. Su ayuno era riguroso y perpetuo, sin usar otro alimento que algunas legumbres cocidas en agua ó algunas yerbas silvestres. Este régimen observó hasta la muerte, eso es, por mas de treinta años, confesando que no era la menor de sus mortificaciones la precision de comer, tan mortificado tenia el apetito.

Yano pensabamas que en vivir desconocido y retirado en su desierto, creyendo que podia ser esta su vocacion, no obstante la resolucion primera; pero queria Dios que fuese útil á muchos, y extendió tanto la reputacion de su virtud, que concurrió á la gruta una innumerable multitud de gente, pidiéndole con instancias que los tomase debajo de su direccion. No podia resistirse á la voluntad de Dios tan descubierta el que habia hecho tan generoso sacrificio de la suya, ni podia negarse á los que únicamente le buscaban con el deseo de trabajar eficazmente en el importante negocio de su eterna salvacion; y así recibió luego á seis ó á siete, pareciéndole que podia limitarse á este reducido número.

La primera leccion que les dió, fué que tuviesen perpetuamente en la consideracion y en la memoria

la imagen de la muerte; persuadido á que entre todos los ejercicios de piedad que se pueden inventar para hacer grandes progresos en la virtud y para domar las pasiones, el continuo pensamiento de la muerte es el mas eficaz de todos. Mandóles trabajar una especie de bóveda ó cementerio para el entierro comun; y luego que se concluyó la obra, les dijo con aquella gracia y con aquella apacibilidad que le hacian tan amable: *Hermanos, la sepultura ya está abierta; ahora falta quien haga la dedicacion.* Habia entre ellos un sacerdote llamado Basilio, que solamente suspiraba por la dicha de ver á Dios, y arrojándose intrépidamente á los piés de Teodosio, le dijo: *Yo, padre, la haré si me das licencia.* Conoció el santo con luz del cielo lo que habia de suceder, y permitió que Basilio se metiese y se echase en la sepultura; mandó que le cantasen el oficio de difuntos, como se estila en el dia del entierro, en el noveno y en el cabo de año, y al acabarse las oraciones de la Iglesia, por un milagro nada inferior al de la resurreccion de los muertos, Basilio, sin calentura, sin accidente, sin indisposicion, durmió en el sueño de los santos, y se fué á reposar en el Señor.

Este milagro y otros muchos que se siguieron á él, hicieron tan famosa la pequeña y recién nacida comunidad de Teodosio, y fué tanto el número de los que concurrieron á ser discipulos suyos, que al fin se vió precisado á consentir que le edificasen un monasterio mas espacioso para mantenerlos mejor en la disciplina regular. Pero como se dudase del sitio en que se habia de edificar el monasterio, Teodosio acudió á su ordinario recurso de la oracion; al fin de ella tomó un incensario para ir á decir misa á la capilla que estaba muy distante de su celda, cuando, en medio del camino, bajó del cielo una hermosa llama que dejó encendidos los carbones del incensario, y al punto se

desvaneció; con cuya maravilla conoció el santo ser aquel el sitio en que quería Dios se levantase el edificio. Desde entonces hizo ánimo de no despedir á ninguno de cuantos quisiesen dejar el mundo y ponerse debajo de su disciplina. Presto se halló con un prodigioso número de discípulos. Venian de todas partes del mundo personas de la mayor calidad, oficiales, ministros, caballeros particulares, señores de la primera distincion, hombres ricos, filósofos, sabios, doctores, movidos todos de un deseo sincero de asegurar su eterna salvacion, que, renunciándolo todo por Jesucristo, solo aspiraban á servir á este Señor debajo de la disciplina y de la direccion del abad Teodosio.

Era sin duda una especie de maravilla ver tanta diversidad de naciones, de estados, de condiciones, de profesiones, juntos todos en un mismo lugar, con tal union, con tal orden, con tal economía y con tanta regularidad, que ciertamente no era el menos asombroso de todos los milagros. Conforme iba creciendo el número de los discípulos, iba añadiendo al edificio del monasterio, y multiplicando las celdas. No se vió en el mundo monasterio mas vasto ni mas numeroso. Parecia una ciudad en el desierto, sin turbacion, sin tumulto, sin confusion. En él reinaba un eterno y maravilloso silencio; habia mas de mil monjes, y era como si no hubiera una alma.

Para facilitar el oficio divino á los que hablaban diferentes lenguas, edificó cuatro iglesias principales dentro de las paredes del monasterio. Una para los de Asia, Europa y Africa, que entendian el griego; otra para los Armenios, en cuyo número estaban comprendidos los Persas y los Arabes; otra para los Besas, ó septentrionales, que hablaban la lengua esclavona y rúnica; y la cuarta en fin, con grandes habitaciones separadas, para los energúmenos, es decir, para

todos aquellos, fuesen religiosos ó seglares, que por secreta disposicion de la divina Providencia estaban poseidos del demonio, que en aquellos tiempos eran innumerables. Todas estas iglesias estaban destinadas para cantar el oficio divino, segun las diferentes lenguas y naciones; pero no se celebraba en todas el sacrificio de la misa. Esto solo se hacia en la de los Griegos, que era la mayor, y solamente en esta se comulgaba. Cada dia se cantaban los salmos, y se hacia siete veces oracion en cada iglesia, segun la costumbre, que es lo que corresponde á las que llamamos horas canónicas en Occidente; y á la hora señalada todos concurrían á la iglesia mayor á oír misa y hacer sus devociones.

Persuadido Teodosio de que la ociosidad es madre de todos los vicios, cuidaba que se emplease en el trabajo corporal todo el tiempo que sobraba de la oracion y demás ejercicios espirituales. En este oficio manual se fabricaba todo lo necesario para los menesteres de la casa. Lleno del espíritu de Dios, el santo abad gobernaba aquella comunidad numerosa con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta destreza, que cada dia brillaba mas en ella la piedad y la disciplina religiosa, creciendo el fervor al paso que se iba aumentando el número de los monjes. Severo consigo mismo, reservaba únicamente la apacibilidad y la indulgencia para todos los demás. Su humildad y sus modales siempre gratas, su temple constantemente sereno, y su semblante risueño perpetuamente, le ganaban el corazón y la confianza de todos sus súbditos. A los que se descuidaban en algo, les reprendía, mas con ejemplos que con sus palabras; mas era modelo que superior de sus religiosos, á los cuales miraba como á hijos y como á hermanos.

Su caridad con los enfermos, con los pobres y con los extraños en nada era inferior á la que tenia con

sus discípulos. Su casa estaba abierta para todos en todos tiempos. Además de las enfermerías que había dentro del monasterio para los monjes, mandó hacer otras para los enfermos de afuera, teniendo también sus hospederías para los pobres y para los peregrinos. Su fe y su confianza en Dios era verdaderamente eficaz y generosa. Asegurado Teodosio de la divina Providencia, recibía á todo el mundo con alegría, y á cada uno se le asistía con lo que había menester en lo espiritual y corporal, con tanto cuidado y con tan buen orden, que se anticipaba el socorro á las mismas necesidades. Parece cosa increíble, pero en realidad es verdadera; alguna vez se sirvieron en un solo día mas de cien mesas para los forasteros. No podía sufrir que se atendiese á si había ó no había con que socorrer á los que concurrían aun en tiempo de hambre. Verdad es que Dios le hizo experimentar mas de una vez que á una caridad perfecta, acompañada de una fe viva, nada puede faltarla.

En una hambre universal que afligió todo el Oriente, concurrió al monasterio tan prodigioso número de pobres, que espantados los hospederos y limosneros les cerraron las puertas. Hízolas abrir Teodosio, mandando que se distribuyese á cada uno lo que hubiese menester; y por un milagro de que fueron todos testigos, todos quedaron satisfechos sin que la provision se disminuyese; conociéndose desde entonces que cuanta era mayor la liberalidad con que daba, era mas abundante lo mucho que recibía. En una semana santa fué tanto el concurso de forasteros, que en la víspera de Pascua no quedó ni un solo pan en el monasterio. Viendo el santo la inquietud que esto causaba en los que no tenían tanta confianza, les dijo con mucha bondad: *Cuidemos, hermanos, de prevenir el altar, y de disponernos para la comunión de mañana; que en lo demás Dios proveerá.* Con efecto

aquella misma tarde llegó á la puerta del monasterio tan cuantiosa provision, que bastó para todos los monjes hasta la pascua de Pentecostes. Refiérese también que un hombre rico y muy piadoso, habiendo hecho grandes limosnas á todos los monasterios vecinos, se olvidó del de Teodosio. Propusieron al santo abad los limosneros si le parecia conveniente se hiciesen saber las necesidades de la casa á aquel hombre tan caritativo. De ningun modo, respondió el santo, que eso seria faltar á la confianza en la divina Providencia. En aquel mismo dia se la premió Dios; porque, habiendo llegado á la puerta del monasterio un hombre que llevaba grande provision de viveres para otros, se quedaron inmóviles las caballerías que conducian el convoy, sin ser posible hacerlas dar un paso adelante; y reconociendo la voluntad divina, tan bien manifestada, dejó rico el convento de Teodosio para muchos dias.

Profesaban estrecha amistad san Sabas y nuestro santo, y comunmente los llamaban los dos apóstoles de los desiertos de Palestina. San Sabas gobernaba un gran número de solitarios en su laura, y Teodosio un número mucho mayor de cenobitas en su convento. Movidos los herejes eutiquianos de la gran reputacion de nuestros santos, no perdonaron medio, diligencia ni artificio para ganar á su partido á dos hombres tan insignes. El emperador Anastasio, gran fautor de estos herejes, se valió de promesas y amenazas para engañarlos; pero siempre los halló invencibles. Unidos indisolublemente para defender los intereses de Dios y de la Iglesia, se opusieron intrépidamente á la violencia del emperador con un número casi infinito de religiosos y de solitarios. Aunque el carácter de los dos era la humildad y la dulzura, fueron siempre intrépidos é inflexibles en defensa de la verdad. Creyó el emperador que había encontrado el secreto

de ganar por lo menos á Teodosio. Envióle una suma de sesenta marcos de oro con el especioso pretexto de socorrer á los enfermos y á los pobres. Conoció Teodosio el artificio y supo aprovecharse de él; tomó el dinero y distribuyólo entre los necesitados. Juzgando el emperador que ya le tenia ganado, le envió una fórmula de confesion eutiQUIANA, rogándole que la suscribiese. El santo, en lugar de obedecer, convocó á todos sus monjes, y los exhortó á defender la verdad á costa de la vida. Escribió despues al emperador con aquel zelo y con aquel valor que convenia á un hombre apostólico, declarándole que él y todos sus religiosos estaban dispuestos á perder mil veces la vida al rigor de los mayores tormentos, antes que separarse en un solo punto de la fe de la Iglesia. Admirado Anastasio de una libertad tan generosa y tan no esperada, aunque le llegaba muy al alma, disimuló su resentimiento, afectando quedar edificado. Y así le volvió á escribir segunda carta en términos no solo templados, sino respetosos; pero sin embargo, poco tiempo despues, expidió nuevos edictos contra la Iglesia, mandándolos obedecer y ejecutar. Con esta noticia, Teodosio, que no habia salido del desierto en cincuenta años, voló á Jerusalem á confirmar en la fe á muchos que titubeaban; y un dia en que toda la ciudad habia concurrido á la iglesia, subió al púlpito con la licencia del obispo, y pronunció en alta voz estas palabras: *Si alguno no venerare los cuatro sagrados concilios ecuménicos como los cuatro santos Evangelios, que sea anatematizado.* Una accion tan heróica en un venerable anciano de noventa y cuatro años produjo todo el efecto que se podia desear. El mismo Dios la quiso autorizar con un milagro; porque al salir de la iglesia, cierta pobre mujer que adolecia de un cáncer mortal y pestilente, apenas tocó el hábito del santo, cuando quedó repentina y perfectamente buena. Corrió

despues Teodosio otras muchas ciudades de Palestina, predicando contra la herejía de los eutiQUIANOS, y haciendo inútil el decreto del emperador. Irritado este príncipe del zelo ardiente y eficaz de nuestro santo, le desterró, mandando que en aquel mismo dia saliese á cumplir su destierro. Obedeció Teodosio, y partió con tanta alegría de verse desterrado por la fe, que confesó no haberla tenido igual en su vida. Pero habiéndosela quitado al infeliz emperador un rayo poco tiempo despues, se restituyeron de su destierro los santos confesores de Cristo, y Teodosio volvió á su monasterio.

Puédese discurrir con qué gozo seria recibido de sus amados hijos, y cual seria el reciproco consuelo de los hijos y del padre. Contaba el santo á la sazón noventa y cinco años, y vivió despues otros once, sin experimentar decadencia en la razon ni en la virtud; antes al contrario una y otra cobraban nuevo vigor, conforme se iba acercando hácia el fin de la vida. No se practica la mortificacion, la devocion, la piedad y el fervor en la vejez, si no se ejercitan estas virtudes en la juventud. Jamás quiso dispensarse en nada este santo anciano, ni en los ejercicios de devocion, ni en los rigores de la penitencia. Nunca fué mas fervoroso que cuando ya pasaba de cien años. A los ciento y cinco le envió Dios una enfermedad muy dolorosa, que le duró por un año, para purificar su virtud y para ejercitar su paciencia. En fin, viendo que se acercaba la hora del descanso eterno, despues de haber exhortado á todos sus hijos á la observancia de las reglas y á la penitencia, habiendo recibido los santos sacramentos, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 11 de octubre del año 529, á los ciento y seis de su edad, pasados casi todos en el retiro y en el desierto.

Luego que espiró, un hombre poseido del demonio,

que muchas veces le habia suplicado en vida pidiese á Dios le librase de aquel trabajo sin haberlo podido conseguir, se arrojó impetuosamente sobre el cadáver del santo para abrazarlo, y al momento le dejó el maligno espíritu.

Apenas tuvo noticia de su muerte el patriarca de Jerusalem, llamado Pedro, hombre célebre por su virtud, cuando vino á oficiar la misa del entierro, acompañado de muchos obispos y de una multitud innumerable de religiosos y solitarios que concurrieron á los funerales. Enterróse en la caverna de los monjes, donde por largo tiempo habia hecho una vida tan santa y tan penitente; y allí fué honrado despues por todos los fieles con singular veneracion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Higinio, papa, que cumplió gloriosamente su martirio durante la persecucion de Antonino.

En Africa, san Salvio, mártir, para cuya fiesta hizo san Agustin un discurso al pueblo de Cartago.

En Alejandria, los santos mártires Pedro, Severo y Leucio.

En Fermo, en la Marca de Ancona, san Alejandro, obispo y mártir.

En Amiens, san Salvio, obispo y mártir.

En Brindis, san Leucio, obispo y confesor.

En Marisa, pueblo de Capadocia, san Teodosio, llamado el Cenobiarca, que murió en paz, despues de haber sufrido mucho por la fe católica.

En la Tebáida, san Palemon, abad, que fué el maestro de san Pacomio.

En el monasterio Supentonio del monte San Silvestre, san Atanasio, monje, y sus compañeros, que, llamados por una voz divina, entraron en el gozo del Señor.

En Pavia, santa Honorata, virgen.

La misa es de la octava de la Epifania, y la oracion en honor del santo es la siguiente.

Infirmittatem nostram respice, omnipotens Deus : et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Hyginii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat : Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alivianos de él por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice Higinio : Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 60 de Isaías, y es la misma que el dia VI, pág. 90.

NOTA.

« Es constante tradicion de los Hebreos, seguida » de los padres de la Iglesia, que Isaías murió aser- » rado al principio del reino de Manasés, rey de » Judá. La verdadera causa de la indignacion de este » impío Monarca fué la santa libertad con que el pro- » feta reprendia sus desórdenes. San Justino y san » Jerónimo afirman que la sierra con que padeció este » tormento fué de madera, para que fuese mas pro- » longado y mas cruel su martirio. »

REFLEXIONES.

Levanta los ojos, y mira al rededor de ti. Si el dia de hoy se levanten los ojos, y se volvieren á lo que pasa en el mundo, ¿serán objetos cristianos todos los que se miren? Esa multitud de ociosos, esas bandadas de divertidos que en todos ó en ciertos dias concurren á esas casas de conversacion, á esas mesas de juego, á esos festines y saraos, y á esas diversiones mas peligrosas y mas profanas; ¿juntanse todos esos para serviros y para adoraros á vos, Dios de mi alma! ¿Escandaloso, extraño trastornamiento de la moral cristiana,